

La rosa que (todavía) falta.

Franco Rotelli

Traducción al castellano: Ernesto G. Stivala

Faltan cinco mil rosas porque cinco mil ya hemos ofrecido, pero otras tantas habíamos prometido.

Son las que no estarán mientras no haya nadie presente en las noches de verano en el parque, si la verdadera vida, augurada en vez de esa cosa horrible que había antes, no es generada.

Falta mucho todavía de sonidos, risas y cantos nocturnos, sensual ruido de las discotecas en verano, ruido corpóreo de las fogatas y de las fiestas de fin de año, que parecía correcto y hasta hermoso pasarlas bailando con los locos, o quizás aprovechábamos, inocentes, para entretejer amores.

¿Pero si uno no se aprovecha de las cosas para entretejer amores por qué debería interesarse?

¿Acaso no es el amor el fin verdadero, la excusa verdadera, lo único sensato donde encontrar sensatez?

Aquellas (las rosas) que están, cuentan sobre el amor que, sorprendiendo al mundo, consintió a tantas personas, de las que guardo algún recuerdo, imaginar que tenía sentido estar ahí, día tras día, para cambiar el mundo (no, solo aquel mundo de allí).

Las rosas que faltan narran sobre algo que se quiere detener, y que no se sabe si retomará su camino.

¿Cada una de aquellas que están ahí llama a otra que no está, que no estará?

Quizás en las noches de fines de primavera las luces de *Il posto delle fragole* - lleva este nombre el bar de la plaza del San Giovanni, se encenderán aún y el perfume de las rosas volverá a encender el perfume de otros cuerpos jóvenes. O quizás no.

Quizás las ideas nazcan y puedan crecer en algún sitio, mas luego deben dispersarse por doquier: no pueden asentarse en un solo lugar.

La convicción con la que hemos dado vida durante cuarenta años al San Giovanni ha cruzado todo límite de decencia y ofendido todo pronóstico.

Las rosas que no están las veo por la mañana cuando, a solas, me acerco a limpiar las abundancias desflorecidas de las que están.

Las rosas que no están hablan de todas esas acusaciones por lo que quizás no hiciste, cuando sos vos quien quisiera acusar a los demás por todo lo que no han hecho: por la inercia culpable y por la desidia hija de las reglas que nos

han (inercia, desidia y reglas hilvanadas siempre juntas) ofendido, humillado, que quieren quitarnos las ganas de vivir.

Por culpa de aquellos que mandan pero que no tienen ganas, mucho menos valor, no trabajan, no juegan, no plantan arboles ni flores, ni siquiera los ven, no aportarán jamás una rosa, no aman, no piensan, no miran, no se ocupan.

“Después de cerrarlos, a los manicomios, haría falta tirarlos abajo y esparcir sal*” La frase extrema de Basaglia en los setenta nos alertaba del riesgo de la contrarreforma, del temor a que se pudiera retroceder.

No quisimos escuchar aquel consejo. Mientras tanto, al tiempo que muchas administraciones provinciales se sucedían durante los años ochenta y noventa y dejaban que edificios enteros se derrumbaran (aquellos edificios que nosotros psiquiatras, librando uno por uno, con el mismo coraje de las tropas que avanzan de trinchera en trinchera, invitábamos a las autoridades a reutilizar para un usufructo público más noble), tuvieron el coraje mediático de inculparnos por aquel deterioro.

Fue entonces imperioso nuestro deber de demostrar que, si habíamos sido capaces de realizar nuestra labor erradicando las miserias de la psiquiatría, éramos también capaces, por exactamente los mismos motivos y con exactamente la misma energía, en el ejercicio de los poderes conferidos *pro tempore*, de reconstruir el San Giovanni para más nobles fines.

Con el poder de director general de la *Azienda Sanitaria*, uniendo finalmente a los administradores y copropietarios sensatos, pudimos coordinar la recuperación y, forzando (PORQUE SI) tiempos, métodos y competencias, reparar tantos años de anteriores gestiones, ESTAS SI, desastrosas, de los bienes públicos.

Mas faltan cinco mil rosas y son para mí el signo de la ciudad aún incierta, la cifra de lo posible, la inalcanzada plenitud de una vida verdadera que queríamos para nosotros y para los locos, hermanos y hermanas sufrientes con quienes recorrimos un largo camino que nos llevó lejos pero no hasta donde esperábamos llegar (aunque mucho más lejos de lo que Sus Majestades imaginaban)

La rosa que no está llama a otro tiempo, otra generación, un nuevo emprendimiento, una nueva energía, un nuevo amor.

Del cual nadie puede con certeza, hoy menos que nunca, hacer profecías: profecías de hombres y mujeres que vean, oigan, miren, toquen, husmeen, usen todos sus sentidos, y cultiven los símbolos concretos, sean capaces de escuchar los rumores de las vidas (y tocar la tierra y regar las rosas y cambiar las cosas).

*NdT: En italiano, esparcir sal refiere al acto de evitar que algo vuelva a crecer.